

Flores al borde de los abismos

ENRIQUE SÁNCHEZ HERNANI

Universidad Nacional Mayor de San Marcos
sanchezhernani@yahoo.com

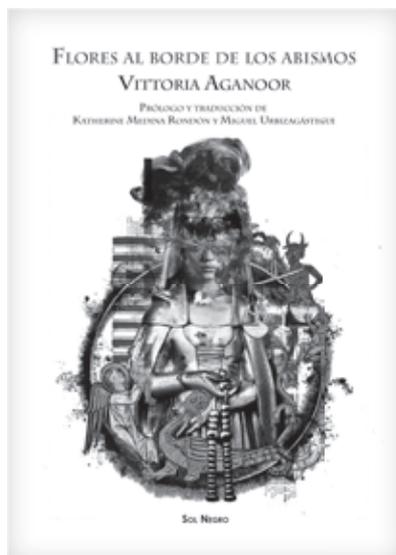
La aparición de *Flores al borde de los abismos* (Sol Negro, 2022), de la poeta italiana Vittoria Aganoor, en una muy cuidada versión al español de Katherine Medina Rondón y Miguel Urbizagástegui es un gran hallazgo. La traducción de una poeta que estaba fuera del radar del lector peruano y del hispanohablante en general. Es una ofrenda como una flor rara.

Como bien dicen los traductores, no se ha omitido palabra alguna ni se ha traicionado el sentido ni la intención de Aganoor. Esto es importante porque muchas veces, algunas traducciones encorsetan los versos o los lastiman malamente. En este caso, la obra se ve resaltada, no solo por la bondad del estro poético de la autora, sino por la sensibilidad de los traductores.

Vittoria Aganoor ha sido una sorpresa. Una poeta que nació dos años antes de la publicación de *Las flores del mal* (1857), el nocturnal poemario de Charles Baudelaire, y que bebió de sus efluvios junto con la generación de poetas que la acompañó en Italia, los de la *Scapigliatura*, de propensión al malditismo y también del verismo.

En el prólogo, los traductores atribuyen a esta poeta posromántica manejar en su poesía un universo colmado por la nostalgia, la soledad, la tristeza, la muerte, pero también por fantasmas, ángeles y demonios, que la hace precursora del crepuscularismo, es decir un cosmos tocado por cierto decadentismo, pero que, en Aganoor, le da la mano a menciones a la naturaleza, la muerte y a un amor poco carnal y etéreo e irreal y que, en la poesía de esa época, era un tópico.

Los poemas recogidos en esta antología, provenientes de los tres libros que la autora publicó en vida, están agrupados apropiadamente bajo un título baudelairiano: “Flores al borde de los abismos”, un verso extraído de uno de los poemas presentes en el volumen. La elección, visto el entorno de la poeta, no puede ser más apropiada. Los poemas de este libro recorren un mar proceloso, que por tramos se desliza por una naturaleza ensimismada,



Flores al borde de los abismos.

Vittoria Aganoor

Prólogo y traducción de Katherine Medina Rondón y Miguel Urbizagástegui
Sol Negro
Lima, 2022, 72 pp.

que es un pálido reflejo del dolor y cuyo yo poético no corresponde a figuras heroicas. Los versos salpican alusiones a la tristeza del espíritu y la oscuridad, aunque no se regodean en la repetición de la ofensa, sino que aspiran a cierta libertad.

Otras veces, la autora ve en el paso de la naturaleza el propio andar de su infancia, llena de pureza e inocencia. Para ella, los bosques son entidades animadas con las que se puede dialogar, aunque las campiñas en silencio le parecen símiles de la congoja. Pero su amor por la madre natura es cierto; por eso, cuando ve que el fuego la consume, ese acto lo equipara con la humanidad en fuga.

A veces, a la poeta, la indagación por la presencia del amor la lleva a un diálogo cósmico con la galaxia celeste, donde busca sus respuestas. Otras veces convierte a un alma vieja en la protagonista de la persecución de este sentimiento, al que iguala con la recuperación de la juventud.

Como no podía ser de otro modo, la muerte es una presencia recurrente en los poemas de esta antología. Unas veces ocurre que la poeta se enfrenta al ángel de la muerte, otras veces la ve como la idea del absoluto, o le canta como el indicio de una premonición, de una alerta para enderezar la actuación humana. Y en este espectro, en uno de sus poemas, que es aleccionador, toca el tema de la oscuridad asociado a las lágrimas, al paso del tiempo, la noche, los bosques, las puestas del sol y otros aspectos que le son intensos.

Frente a esto, en la vereda casi opuesta, aunque el horizonte nos hace notar que ambos caminos confluyen, la poeta busca el recto camino, el descanso pacífico, que ella cree se logra con la meditación. En otro de sus poemas, en una especie de diálogo con sus maestros tutelares, concluye que para alcanzar la perfección hay que buscar el entendimiento con la naturaleza, pero también amar el sueño.

En el conjunto, hay dos alusiones directas a poetas caros a la autora: Baudelaire y Shelley. Al primero, lo sume en una confrontación entre el arcángel y la espada, convocados por un llamado celeste. Al segundo, lo elogia sin reparos, incluso con versos al mar donde el vate murió trágicamente ahogado, a los 29 años, durante un naufragio, en el litoral de Italia.

Y, en este paseo por su alma atada al posromanticismo, Aganoor también tiene su copla al opio, al que, siguiendo la corriente de la bohemia intelectual de entonces, le canta mórbidamente por sus efectos de calmar la ansiedad y saber dar descanso.

Aganoor presenta un interés enorme, pues las dotes poéticas de la autora nos permiten conocer los íconos espirituales de una época, a fines del siglo XIX e inicios del XX, que entonces era el cielo tutelar de la poesía, a excepción de los futuristas italianos, que coinciden con la época cuando Aganoor publica sus libros, pero con quienes ella no mantuvo relación.